



Incluso uno solo de estos pequeños

Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado

Subsidio litúrgico
para el celebrante

XXVI Domingo del tiempo ordinario

Domingo, 27 de septiembre de 2026



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA

www.conferenciaepiscopal.es

Sugerencias pastorales:

— Allí donde sea posible, proponemos que este domingo y en algunos otros momentos o celebraciones litúrgicas durante el año, al final de las mismas, se invite a algunos jóvenes o familias migradas (poniendo especial atención en la realidad de la infancia y la juventud) a compartir con la comunidad un breve testimonio sobre su experiencia de vida, de fe e integración.

— Es bueno fomentar esos y otros espacios de encuentro y escucha para promover comunidades acogedoras y misioneras.

— La celebración de la Jornada puede ser una oportunidad para dar a conocer la pastoral con personas migradas en parroquias y diócesis, e invitar a formar parte de ella a quien lo desee. Para ello, contacten con la Delegación o Secretariado de Migraciones de su diócesis o con el Departamento de Migraciones de la CEE.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona un canto apropiado o cantos que expresen la fraternidad y el caminar del pueblo de Dios y su preferencia por los pequeños. Si no hay canto de entrada, se recita la antífona de entrada correspondiente al domingo:

Cuanto has hecho con nosotros, Señor, es un castigo merecido, porque hemos pecado contra ti y no hemos obedecido tus mandamientos; pero da gloria a tu nombre y trátanos según tu misericordia.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la esperanza,
que por la acción del Espíritu Santo
nos colma con su alegría y con su paz,
permanezca siempre con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Hermanos y hermanas: Celebramos hoy la 112 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado. El santo padre nos invita este año a fijar nuestra mirada en el corazón mismo del Evangelio a través del lema: «Incluso uno solo de estos pequeños».

Con estas palabras de Jesús, la Iglesia pone en el centro de nuestra oración y compromiso el rostro más vulnerable de la movilidad humana: los niños, niñas y adolescentes migrantes, de manera muy especial aquellos menores no acompañados que se ven obligados a dejar su hogar a causa de la pobreza o la violencia.

Este lema nos desafía a cambiar la mirada: a pasar de una lógica de control y estadísticas a una lógica centrada en el valor infinito y la dignidad de cada persona. Ellos nos recuerdan nuestra propia condición de peregrinos hacia la patria futura. Dispongamos nuestro corazón para acoger a Cristo que se hace presente en esta celebración, sabiendo que, acogéndolo a él, nos comprometemos a acoger a cada uno de estos pequeños como él mismo nos recuerda en el Evangelio: «El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí» (Mt 18,5).

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Señor Jesús, que te identificas con los más pequeños, desprotegidos y vulnerables.

R/. Señor, ten piedad.

Señor Jesús, que nos llamas a derribar prejuicios y a construir comunidades verdaderamente acogedoras para la infancia migrante.

R/. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos invitas a defender activamente la dignidad y los derechos de los menores no acompañados.

R/. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

R/. Amén.

(A continuación se canta o dice el himno del Gloria y se reza la oración colecta correspondiente al Domingo XXVI del Tiempo Ordinario).

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios, que manifiestas tu poder
sobre todo con el perdón y la misericordia,
para que, aspirando a tus promesas,
nos hagas participar de los bienes del cielo.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Monición antes de las lecturas (general)

Escucharemos ahora la Palabra de Dios en un domingo que nos sacude la conciencia. Las lecturas de hoy nos hablan de conversión, de cambiar el proceder injusto y de revestirnos de los mismos sentimientos de humildad y compasión de Cristo. En esta Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, dejar entrar esta Palabra significa transformar nuestra mirada hacia los menores que migran solos, pasando de las palabras bienintencionadas a las acciones concretas de acogida. Prestemos oído atento.

Primera lectura (Ez 18, 25-28)

El profeta Ezequiel nos confronta con una dura realidad: a menudo el proceder humano es el que resulta injusto, no el de Dios. En el contexto de hoy, esta lectura nos invita a recapacitar y a convertirnos de la indiferencia social. Dios nos llama a abandonar las lógicas que desprotegerían a «estos pequeños» y a elegir el camino del derecho y la justicia para que ellos, y nosotros mismos, podamos tener vida.

Salmo responsorial (Sal 24)

Nuestra respuesta al salmo es una súplica íntima: «Recuerda, Señor, tu ternura». Le pedimos al Señor que nos enseñe sus caminos de lealtad y rectitud. Es una invitación a que la Iglesia camine con la humildad necesaria para reconocer el rostro sufriente de Dios en los niños y adolescentes desamparados que llaman a nuestras puertas.

Segunda lectura (Flp 2, 1-11)

San Pablo nos dirige una exhortación bellísima y exigente: tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Él, siendo Dios, se despojó de su rango y se hizo pequeño, tomando la condición de esclavo y vulnerable. Al mirar hoy a un menor extranjero no acompañado, despojado de sus derechos y su hogar, contemplamos el misterio de la humillación de Cristo. La Palabra de Dios nos pide no encerrarnos en nuestros propios intereses, sino buscar el bien de estos hermanos más pequeños.

Evangelio (Mt 21, 28-32)

En la parábola de los dos hijos, Jesús nos recuerda que lo que agrada al Padre no son las promesas vacías, sino la obediencia que se traduce en obras. No basta con decir «sí» a la hospitalidad de palabra si luego nos desentendemos de la viña del Señor, donde hoy sufren los niños migrantes. Jesús nos advierte con un tono profético: quienes se convierten de verdad y actúan con justicia, aunque la sociedad los margine, van por delante en el reino de Dios.

Pistas actualizadas para la homilía

— **Del decir al hacer en la acogida:** El Evangelio nos presenta al hijo que dijo «Voy, señor» pero luego no fue al trabajo (Mt 21, 30). Aplicado a la jornada, nos alerta contra el peligro de una fe puramente teórica o de discursos institucionales que defienden los derechos de los niños en el papel, pero los abandonan en la práctica. Acoger a «incluso uno solo de estos pequeños» exige pasar a la acción en la viña del día a día: en el barrio, en la escuela y en las leyes.

— **El «proceder injusto» y los menores vulnerables:** La lectura de Ezequiel nos cuestiona sobre la justicia de nuestras estructuras. ¿Es justo el debate social que criminaliza o mira con sospecha a los adolescentes

que llegan solos a nuestras fronteras? Dios nos llama a «recapacitar». El verdadero camino de conversión de una comunidad cristiana empieza por defender la dignidad de la infancia desprotegida.

— **La kénosis de Cristo en la ruta migratoria:** El himno de Filipenses nos muestra a un Dios que se abaja y se hace nada. Los niños y jóvenes migrantes viven una dolorosa experiencia de despojo: pierden su tierra, sus familias, sus juguetes y su seguridad. La Iglesia no puede mirarlos desde arriba, sino desde la humildad de quien sabe que en esa pequeñez y vulnerabilidad habita el mismísimo Dios que se humilló hasta la cruz.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Confianto en la infinita misericordia de Dios, que cuida con ternura de los más pequeños, presentemos nuestras plegarias por las necesidades de la Iglesia y de todo el mundo.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia y el papa: Para que continúe siendo faro de acogida y profecía, promoviendo en todas las diócesis y parroquias una pastoral viva que proteja y acompañe a las familias y menores migrantes. Roguemos al Señor.
2. Por los gobernantes y legisladores: Para que, actuando con honestidad y respeto absoluto a los derechos humanos, legislen priorizando siempre el interés superior del menor y el cuidado de los niños y adolescentes no acompañados. Roguemos al Señor.
3. Por la paz y la justicia internacional: Para que cesen los conflictos, la violencia y las crisis económicas que obligan a miles de niños y niñas a huir de sus tierras natales perdiendo su infancia. Roguemos al Señor.
4. Por los niños, niñas y adolescentes migrantes: Para que se respete en todo momento su dignidad, se vean libres de los peligros de las mafias y la explotación, y encuentren comunidades que los acojan y promuevan. Roguemos al Señor.
5. Por nuestra comunidad parroquial: Para que la participación en esta eucaristía nos mueva a desterrar la indiferencia y a vivir una fraternidad auténtica, abriendo nuestros brazos a «incluso uno solo» de estos pequeños. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ENSÉÑANOS, Señor, a ser misericordiosos,
con los más pequeños e indefensos
y así alcancemos tu misericordia.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Comiendo del mismo pan (CLN, O 27) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**SEÑOR, que el sacramento del cielo
Renueve nuestro cuerpo y espíritu,
para que seamos coherederos en la gloria de aquel
cuya muerte hemos anunciado y compartido.**

Junta las manos.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios todopoderoso os bendiga con su misericordia
y os conceda mirar siempre el mundo con los ojos
de los pequeños y sencillos.**

Rx. Amén.

**Él aumente en vosotros la fe y el don de la hospitalidad,
y os dé la perseverancia para proteger a los más pequeños.**

Rx. Amén.

**Atraiga hacia sí vuestros pasos
y os convierta en artesanos de una sociedad más justa y en paz.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Podéis ir en paz.

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

Oración final de la Jornada 2026

Dios, Padre y Madre de todos,
tú que caminas al lado de los más vulnerables
y te haces presente en el rostro de la infancia desamparada,
te damos gracias por el valor infinito de cada vida humana.

Jesús, Hijo amado,
tú que experimentaste en tu propia carne
el desarraigo de la huida
y que nos advertiste que lo que hacemos a uno de estos
pequeños a ti te lo hacemos,
danos un corazón sensible ante el dolor de los menores
que migran solos.

Espíritu Santo, viento de justicia y consuelo,
enséñanos a vivir los verbos de la verdadera hospitalidad:
ayuda a nuestras comunidades a acoger con generosidad,
a proteger los derechos de la niñez y la juventud,
a promover sus talentos y esperanzas,
y a integrarlos plenamente como hermanos
en nuestra mesa.

Te rogamos hoy por todos los niños, niñas
y adolescentes migrantes,
por quienes arriesgan sus vidas en desiertos,
mares y fronteras.

Que nuestra fe no permanezca indiferente ni muda
ante su realidad.

Haznos instrumentos de tu reino,
donde nadie sea considerado extranjero
y todos nos sepamos hijos tuyos.

Amén.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española